

# E. MIRET MAGDA LENA

A pesar de la crisis de Iglesia que existe en el mundo actual, la verdad es que la Iglesia todavía tiene fuerzas para dejarse oír en algunas ocasiones. Leyendo en la revista "Réforme", editada por los protestantes franceses, un trabajo excelente sobre Chile, decía acerca de este país, de amplia mayoría católica, un pastor protestante francés que en Chile y en toda América Latina el cristianismo tiene todavía una gran fuerza en el pueblo. Y en el mundo occidental podemos decir que todavía la Iglesia tiene en ocasiones una gran influencia. No hay nada más que recordar la controversia en torno al film "Los Amores de Cristo". El Papa levantó su voz en contra de esta película, y la reacción fue inmediata: en Francia se prohibió el rodaje del film.

Y, sin embargo, el gran problema de la Iglesia misma es que ha perdido energía y valentía a la hora de utilizar su autoridad moral, empleándola solamente acerca de algunos asuntos que no siempre son los más importantes. Parece como si en los mismos dirigentes máximos de la Iglesia católica hubiera una crisis de identidad que les produce una gran timidez a la hora de hablar con claridad sobre una orientación evangélica para los problemas de este mundo. Cuando se trata de algo concreto solamente hay palabras claras para estigmatizar la baja de moralidad sexual, pero muy poco más. Incluso cuando se trata de problemas sociales, políticos, culturales, educativos o económicos se utilizan por lo general frases vagas y generales que apenas pueden orientar a los católicos sobre las inconsecuencias evangélicas de nuestro mundo. O a veces se adoptan posturas anacrónicas, que revelan el desconocimiento de los nuevos problemas.

No hay nada más que recordar algunos ejemplos: el de Chile, Brasil, Mozambique, Vietnam, Irlanda del Norte...

No digamos nada de los grandes documentos sociales que, a pesar de su buena voluntad, nunca se sabe concretamente a qué país o a qué problemas se pueden aplicar, y por eso hemos estado acostumbrados a encontrarnos llena de ambigüedades a la llamada Doctrina Social Católica.

Y, sin embargo, recordemos lo que antes digo: las palabras del Vaticano sobre la película "Los Amores de Cristo" han sido eficaces porque han dado un resultado inmediato.

¿Por qué no había de ser así en todos los demás problemas que afectan al Evange-

lio, y que quedan siempre confusos y difuminados, sin que se despierte suficientemente la conciencia de los cristianos, que se encuentra más o menos dormida en la masa de los creyentes?

El Padre Bruckberger acaba de publicar una "Carta abierta a Jesucristo" que ha molestado profundamente al Vaticano por su lenguaje intemperante y a veces inoportunamente conservador. Pero, sin embargo, hay un punto importante en esta llamada de atención de este brumoso dominico francés al Santo Padre. Critica los silencios del Papa y el exceso verbal de tantos y tantos pequeños discursos, que nadie lee ni van a ninguna parte, porque son apelaciones va-

## LA FUERZA DE LA IGLESIA

gas e inconcretas a la espiritualidad, sin más referencia a los problemas reales.

Los Obispos chilenos hablaron en julio pasado en forma bastante clara, pero como su llamada de atención fue demasiado tarde, no tuvo consecuencias. Pero, en cambio, el Papa, ni siquiera después del golpe de fuerza ocurrido en ese país, ha tenido claridad para hablar de ello y orientar a los creyentes, lo mismo gobernantes que ciudadanos.

Su postura con el Brasil es parecida. Después de tantas posturas valientes de Monseñor Helder Câmara y Monseñor Frago, todavía no sabemos a qué atenernos los católicos a través de las palabras de Pablo VI, y, por si fuera poco, en este verano el nuncio en la capital del Brasil hizo una declaración afirmando que no podían ser más normales, e incluso excelentes, las relaciones entre la Iglesia y el Estado en esa nación.

La misma confusión existe en la mente de los católicos respecto a los excesos de Mozambique, o a lo que pasó con la guerra de Vietnam y lo que todavía está ocurriendo en Irlanda del Norte.

Si la Iglesia tiene todavía fuerza moral, como se demuestra en ciertas ocasiones, ¿por qué no emplearla en otras mucho más

importantes y decisivas para el bien del cristianismo en el mundo de hoy? ¿No ha escrito el Concilio Vaticano II un documento importante sobre "La Iglesia en el mundo contemporáneo", en el cual se afirma la necesidad de esta presencia evangélica de los dirigentes eclesiales y de la Iglesia toda respecto a las cosas de este mundo?

Yo soy absolutamente enemigo de los autoritarismos y condenaciones que ocurrieron en la fase anterior de la historia de la Iglesia, y que hemos padecido los católicos hasta hace poco. Pero creo que la religión tiene una misión en el mundo: una misión espiritual, pero no desencarnada, de los problemas de la sociedad humana. La religión tiene que estimular esa gran fuerza íntima de lo religioso para cooperar a la Creación, desarrollando los factores positivos y constructivos que hagan más humana la naturaleza y la sociedad. Esa sería la alta política espiritual de la Iglesia que se dirigiría a los corazones de los hombres creyentes para estimularles a adoptar una postura responsable con los problemas humanos del mundo de hoy. No para sustituirse a las decisiones técnicas sobre la organización de este mundo, decisiones que debe hacer el hombre creyente con total responsabilidad personal. Pero sí para dar una palabra de ánimo espiritual y de orientación hacia el anhelo práctico de un mundo mejor y más satisfactorio, y esto en casos concretos, sin habilidades diplomáticas o timideces que confundan el juicio.

En el que es creyente esto debe partir de su núcleo íntimo como una fuerza que le impulse a mejorar las personas y las estructuras de este mundo. Pero si la autoridad jerárquica de la Iglesia se encuentra remisa en dar este aliento y este apoyo espiritual para el hombre, cada vez será menos apreciada esta Iglesia.

Hemos de pasar de la época del verbalismo autoritario de la jerarquía eclesial a una nueva época: la era de la fuerza moral que la religión puede suponer para el mundo de hoy con el fin de ayudar e impulsar su transformación humana.

Esto es lo que deseamos muchos católicos que sea la Iglesia: un estimulante de los valores morales del Evangelio, y no un silencio en torno a las cuestiones comprometidas y sólo una palabra dura para los temas de la moral que se relacionen con el sexo, aunque en el caso del film "Los Amores de Cristo" haya sido con razón.